

Una maestra

(De *El Sol*, Madrid)

GABRIELA MISTRAL está en Madrid. Viene de México y va a Chile. Ha colaborado en la obra emprendida por un mejicano ilustre, el Sr. Vasconcelos, para redimir al indio de su pobreza e indolencia. El Sr. Vasconcelos no es ya ministro. No lo han querido los vaivenes políticos de su país. Su obra, en cambio, tendrá que continuarse si la república de Méjico ha de realizar su destino. La obra consiste, esencialmente, en elevar el nivel del indio por medio de la educación profesional realizada en la escuela primaria. A partir de los diez años aprenderá el alumno un oficio en las escuelas de las ciudades y horticultura y agronomía en las del campo. El indio no suele ser más que peón en las ciudades; hay que convertirle en artesano. En el campo se contenta con cultivar el maíz y plantar alubias. Hay que enseñarle a sacar de la tierra más provecho. La obra era grande. Tenía que hacerse con espíritu, porque los recursos eran limitados. Por eso el señor Vasconcelos sacó de Chile a Gabriela Mistral para que le ayudase.

De Gabriela Mistral se conocían, sobre todo, los versos y las prosas que publicaban los periódicos hispanoamericanos. Sus versos eran las explosiones de un corazón cargado y generoso.

(Algunos versos eran diáfanos
y daban timbre de cristal;
otros tenían como un modo
apacible de sollozar),

dice la autora de un amigo suyo, y puede decirse de sus versos, salvo que el sollozo es más apasionado que apacible. Por ejemplo:

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos:
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A veces el sentimiento rompe la manigua del lenguaje y se afirma triunfal, como el acero de un machete, en que se baña el sol:

Mas yo que te he gustado, como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor.

Su mejor obra es la *Oración de la maestra*. Por haber sido «rezada muchas veces en lengua castellana con acento extranjero», los maestros de español de los Estados Unidos, que habían leído en los periódicos, quisieron conocer la obra entera de Gabriela Mistral y al enterarse de que no había sido recogida en libro, tuvieron el pensamiento de editarla y el Instituto de las Españas, de Nueva York, lo ha realizado en el volumen titulado *Desolación*. Allí está la *Oración de la maestra*.

«Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra.

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

...Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba... ¡Sostenme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado... Dame sencillez y dame profundidad... Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos».

En estas palabras—las que no copio son igualmente bellas—se nos ha revelado la maestra. Pero la maestra elemental o la maestra de maestras, si se quiere. Porque es verdad que las cualidades que sugieren: la simpatía, el talento moral, la candidez, la disciplina, la actitud reverente del espíritu y el sentido de las cosas invisibles, animan o deben animar la educación en cualquiera de sus grados, pero si son el alma de toda educación, son el alma y el cuerpo de la escuela primaria. Aquí no basta con la virtud del maestro. Hace falta que el sentimiento la transmita al alumno.

Gabriela Mistral, que empezó de maestra primaria, ha sido muchos años profesora de Liceo en Chile. Ahora quiere volver a la escuela primaria, quizás a la escuela pública, quizás, si encuentra que la burocracia docente del Estado pesa demasiado para volar con ella, a la escuela privada. Las razones que nos dará para este cambio son que ya hay en Chile demasiados liceos y demasiada gente que no saca de ellos sino la necesidad de que el Estado la mantenga en los destinos públicos, mientras que hay un pueblo pobre y numeroso, el *roto* chileno, que necesita, como el indio de México, que se le levante de su miseria y se le ponga en el camino de su mejoramiento.

Estas razones no serían convincentes para el que cree, como yo creo, que es un gran mal el que padecen los pueblos de la América española, como la madre patria, con el bachillerato enciclopédico, que informa y no forma, y que lo que necesitan, si han de espantar de las profesiones liberales a los perezosos y a los torpes, y si han de elevar el nivel de las clases educadas hasta el punto en que comienza la creación original, es la enseñanza clásica, desinteresada, seis o siete años de temas y versiones escritas en griego, en latín y en castellano, que transformen el espíritu, mediante la lenta impregnación del alma en las disciplinas que la experiencia secular europea ha demostrado son las propias para crear el gusto, habituar al trabajo metódico y desarrollar el hábito de la conjetura y la exigencia de la veracidad.

Sólo que el caso de Gabriela Mistral es tan patente que hasta parece extraño que haya necesitado la experiencia de México para descubrir que su centro es la escuela primaria o la formación de maestros de escuela primaria. Porque la función específica de la escuela primaria, antes que enseñar a leer, antes que preparar para un oficio, es poner en su sitio los sentimientos del alumno, hacer que ame lo amable y que odie lo odioso, despertarle a la posibilidad de un reino de Dios, en el que no se miente, ni se hurta, ni se oprime, ni se explota, y donde los pechos encendidos de amor se van abriendo a la hermosura del mundo y a las potencialidades de la mente humana, hasta hallar el sentido de la vida en el aumento indefinido del poder, del saber y del amor, para lo cual es necesario que el maestro corrija las perversiones y los extravíos que en el alma del niño han dejado los pecados, la miseria o la ig-